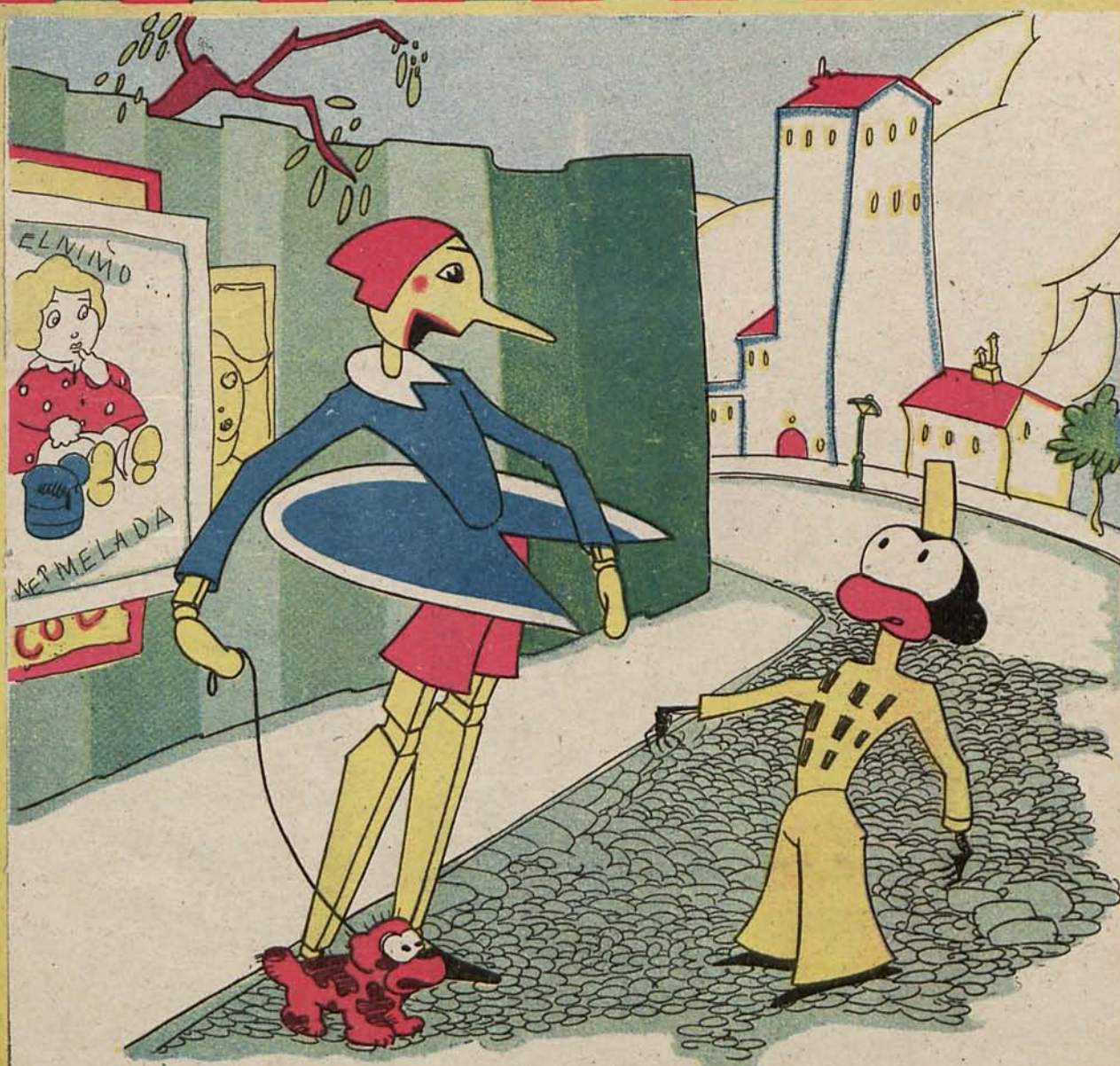


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 236

25 cts

23 AGOSTO
1929

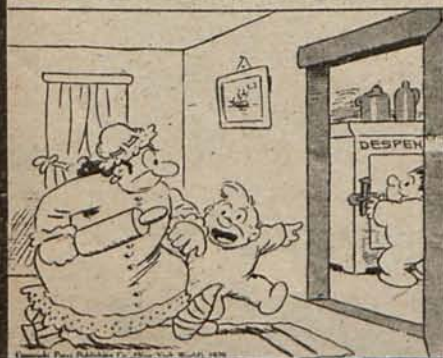
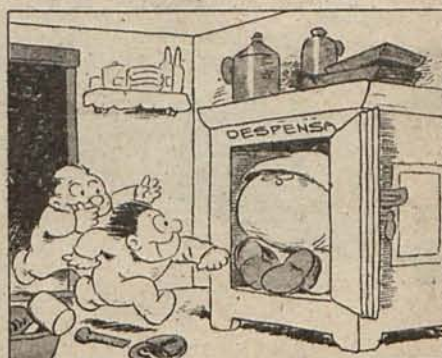
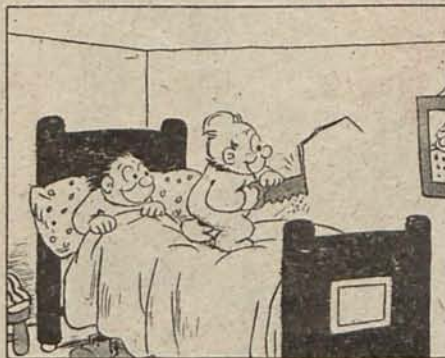
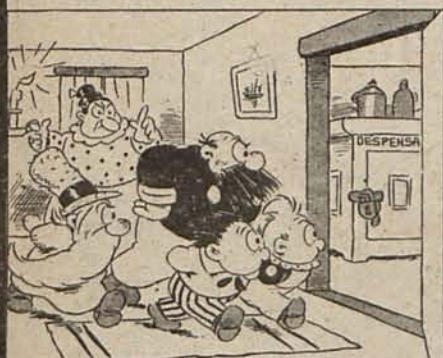


- ¡HAY QUE VER LO ORGULLOSO QUE VAS, Y TOTAL NO LLEVAS MAS QUE UN PERRO CHICO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

»Tampoco el señor Fayollet debía de estar contento en demasía de su correspondencia. Repetidas veces pasó por las Oficinas de Correos y de Telégrafos y jamás volvió de allí sin que en la cara revelase la sombra de una contrariedad o de una inquietud. Él también aguardaba noticias que no llegaban nunca. Y también el correo sirvió de ese modo para mancomunar nuestras impresiones de viaje. En efecto, fuimos juntos, antes de partir, una vez más al Telégrafo desde donde Fayollet expidió dos telegramas, uno a Aden y el otro a París.

»Llegamos a Aden en la mañana del 8 de Septiembre, siempre con nuestro inseparable compañero. Pero mientras nosotros nos alojamos en el *Red Sea Hotel*,⁽¹⁾ sobre el muelle, él prefirió hospedarse en una Fonda de segundo orden, fuera de la ciudad y cerca del establecimiento balneario, y justificó tal rareza con razones de estética, porque el Hotel daba al mar y se alzaba en un sitio donde era posible no recordar que la ciudad estaba tan próxima. Convínose, no obstante, en que a las doce y a las siete estaríamos juntos en el *Ricke House* para almuerzos y comidas.

»En Aden debían despedirse de mí los dos camaradas. James volvía a marchar a la mañana siguiente en el mismo vapor en que habíamos llegado juntos; Fritz, la tarde de aquel mismo día, por el vapor inglés de la línea Aden-Zanzibar-Capetown, quedando en Port-Natal para iniciar las informaciones. Yo, en cambio, me iré hoy por el correo Adem-Bombay.

(1) Hotel del Mar Rojo.

»Pero prosigo mi relato.

»A mediodía, puntual como... el vencimiento de una letra de cambio, encontramos a Fayollet en el *Ricke House*. La comida fué abundante y alegre, tan alegre que a los postres propuso Fritz se bebiera el *champagne* a la salud del que primero partiera.

»—Pues ¿quién se marcha?—preguntó Fayollet no logrando disimular la sorpresa.

»—Nuestro amigo Crooswelt...—repuso Fritz; e iba a añadir otra cosa; pero, por fortuna, yo le contuve la palabra en los labios.

»—Pero no se irá hasta mañana temprano—dije—; el *champagne* se podrá beber esta noche.

»—¡Y yo que creía continuar el viaje con todos ustedes hasta Bombay!—exclamó Fayollet demostrando contrariedad y decepción.

»—Lo sentimos muy de veras; pero yo solo tendré el gusto de ser compañero de usted hasta Bombay. Mis amigos llevan distintas direcciones.

»Y miré a la cara de mi interlocutor que aun no parecía convencido de lo que iba yo diciéndole.

»—¿Será indiscreto preguntar a ustedes cuáles son los países hacia donde se dirigen?—preguntó con una sonrisa en los ojos inquietos todavía.

»—Yo voy a Australia.

»—Y yo a Africa—respondieron uno tras otro nuestros dos amigos, con la natural ingenuidad con que hubieran dicho: Vamos aquí, a la esquina, a comprar tabaco.

»¡Si hubieses visto, mi querido abogado, la cara de nuestro héroe! Cuantas emociones puede reflejar nuestro semblante, de asombro, de temor, de incredulidad, de desconfianza, de sospecha, alternaron rápidamente en el suyo que no acertó a adoptar la expresión de una tranquila indiferencia.

»—Pero ¿es verdad, es la pura verdad?—interrogó después, casi balbuceando, al pronunciar las breves palabras.

»—Y ¿por qué habíamos de engañar a usted?

»—Es que su compañía se me ha hecho tan grata, que la idea de tenerme que privar de ella es para mí excesivamente enfadosa.

»—Agradecemos a usted tan amables expresiones... También para nosotros su compañía es un placer y un honor sumamente gratos... Por lo demás, saliendo en el vapor del 12, podrá usted continuar el viaje en mi humilde compañía.

»—Verdad es. Aun quedo con ello complacido...—aseguró nuestro comensal levantándose de la mesa. Luego se volvió a James y le dijo:

»—Me reservo el saludar a usted y expresarle mis votos esta noche. Hasta la cena.—Y después de estrecharnos la mano, se marchó.

»—Este señor—murmuró James, adoptando para decirlo cierto aire de misterio—no se dejará ver esta noche.

»Se engañaba. A las siete, cuando volvimos al *Ricke-House*, encontramos a Fayollet sentado ya en su puesto en el comedor. Comimos alegremente, según costumbre, se habló de mil cosas fútiles e inútiles, y el francés halló modo de mostrarse, como siempre, hombre de ingenio y de pronto recursos verbales. Su preocupación de la mañana había desaparecido por completo. Llegamos así a los postres, y ya habíamos pedido el *champagne* cuando uno de los camareros se acercó a Fayollet y le susurró algo al oído. El amigo se volvió entonces hacia una de las puertas. En el umbral estaba en actitud respetuosa un joven indígena vestido a la moda oriental. Cuando se le hizo seña de que avanzara, se aproximó, preguntó a aquél si era el señor Fayollet y le entregó una carta.

»—¿Me permiten?—preguntó cortésmente Fayollet rompiendo el sobre con los dedos.

»Recorrió con rapidez la carta, permaneció suspenso unos minutos, y luego, con un nuevo

»Permítanme, dispénsenme», se levantó para pasar al escritorio a redactar la respuesta.

»Nosotros nos miramos interrogativamente. Nunca nos lo habíamos dicho de un modo explícito, pero los tres pensábamos confusamente que aquel extravagante y misterioso señor no debía de ser extraño a las nuevas complicaciones del caso D'Alimand. ¿Qué maniobra sería aquella? ¿De quién, en Aden, podía recibir una carta Fayollet? ¿Alguna maquinación, quizá? ¿Y acaso en nuestro daño?

»Mientras flotaban tales dudas entre nosotros, James, que es hombre de pocas palabras, pero pronto y genial cuando se trata de obrar, se llegó al mandadero y le deslizó pocas y rápidas frases en el oído que no pudieron llegar hasta el nuestro. Apenas había recobrado su sitio en la mesa, cuando volvió el francés. Entregó una carta al joven oriental, acompañándola, al parecer, de expresiones de calurosa recomendación; y luego volvió junto a nosotros.

»—Perdónenme ustedes—dijo con su sonrisa más amable—se trataba de una cosa urgente: un telegrama.

»Colocaban entonces en la mesa las botellas de *champagne* con el gollete vestido de candidas servilletas franjeadas. Los camareros hicieron saltar al punto los tapones que volaron por el aire con alegres estallidos, y el dorado vino espumeó jubiloso en las anchas copas de cristal.

»Los brindis fueron calurosos, los votos cordialísimos, y Fayollet a quien el *champagne* parecía haber comunicado una ligera embriaguez expansiva y locuaz, nos repitió hasta la saciedad las más exageradas protestas de amistad y adhesión. Pero aquella cordialidad excesiva nos pareció demasiado ostentosa para ser sincera. No nos equivocábamos.

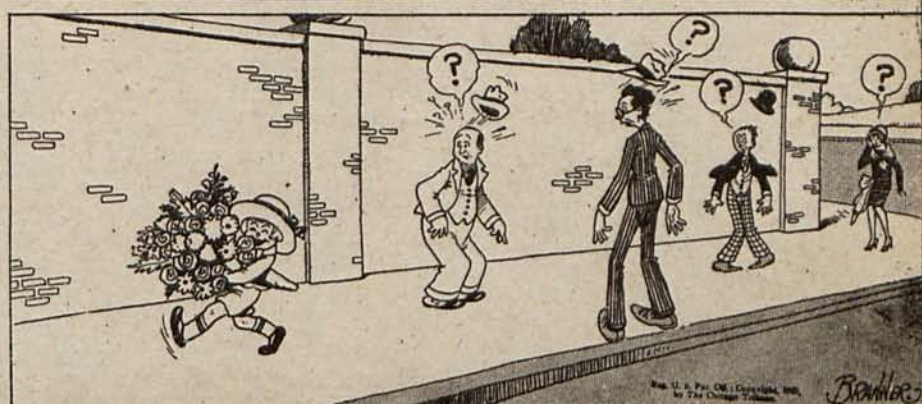
»Nos separamos cerca de la una de la madrugada, con la promesa que nos exigió Fayollet de volvernos a ver al día siguiente en *Ricke-House*.

»Pero, de vuelta en el *Red-Sea-Hotel*, nos

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA





6



(Continuación)

Ya se consideraba al abrigo de un asalto cuando oyó nueva-

mente que las malezas se movían.

—¡Detente Sango!—dijo el muchacho— El leopardo nos persigue.

—Dame una pistola y ten tú la otra. ¿Sabes disparar?

—Sí.

—¡Pues entonces adelántel

Reanudaron la marcha, el negrito delante y Sango detrás para cubrirle las espaldas. La espesura de los matorrales y de los árboles les impedía ver a la fiera.

Pero esta debía haber comenzado la persecución arrastrándose por entre las raíces de las plantas y el

césped. Se oían crugir las hojas secas y agitarse las ramas.

El negro apresuraba el paso cuanto podía y al parecer no lograba alcanzar ventaja alguna a la fiera. Una angustia indescriptible le sobrecogió que se convertía en verdadero espanto.

Por un momento se le ocurrió la idea de abandonar al negrito a la fiera para salvarse él, pero interiormente se avergonzó de semejante bellaquería.

—No, no te abandonaré, pequeño—dijo—Ya que fe he traído conmigo para salvarte te defenderé también con todas mis fuerzas.

Se detuvo junto al enorme tronco de un baobab decidido a esperar el asalto definitivo de la fiera.

El leopardo seguía acercándose rugiendo sordamente. Destrozaba con furor las ramas sin adoptar ya ninguna precaución para ocultarse.





Después de algunos minutos reapareció entre los matorrales. Era uno de los mayores leopardos que Sango había visto en toda su vida: tenía cierto parecido con los tigres de India pero su pelaje era listado y con manchas.

Al ver ante sí a los dos negros se detuvo y se replegó sobre sí mismo como hacen los gatos cuando van a dar algún salto grande.

Miró algunos instantes a los dos negros desafiándoles con sus ojos siempre fijos y brillantes y al fin dando un salto descomunal cayó sobre ellos.

Sango se retiró rápidamente hacia un lado evitando el golpe; pero el pobre negrito aterrorizado se había quedado como clavado de espanto en el mismo sitio.

La fiera de un zarpazo le derribó en tierra desgarrándole el pecho. Iba ya a dirigirle otra zarpada cuando Sango se abalanzó sobre él. Con el cuchillo le apuñaló varias veces en la garganta degollándole, más a pesar de la tremenda herida la potente fiera tuvo aun fuerza suficiente para revolversse contra el negro intentando agarrarle, pero un pistoletazo disparado a bocajarro en una oreja le hizo caer al suelo sin vida.

Sango se precipitó en seguida sobre el cuerpo del muchacho levantándole presuroso del suelo. El po-

brecillo tenía el pecho desgarrado con tan terribles heridas que daba miedo verle.

Sin embargo aun respiraba.

—¡Pobre niño mío!—exclamó el negro.

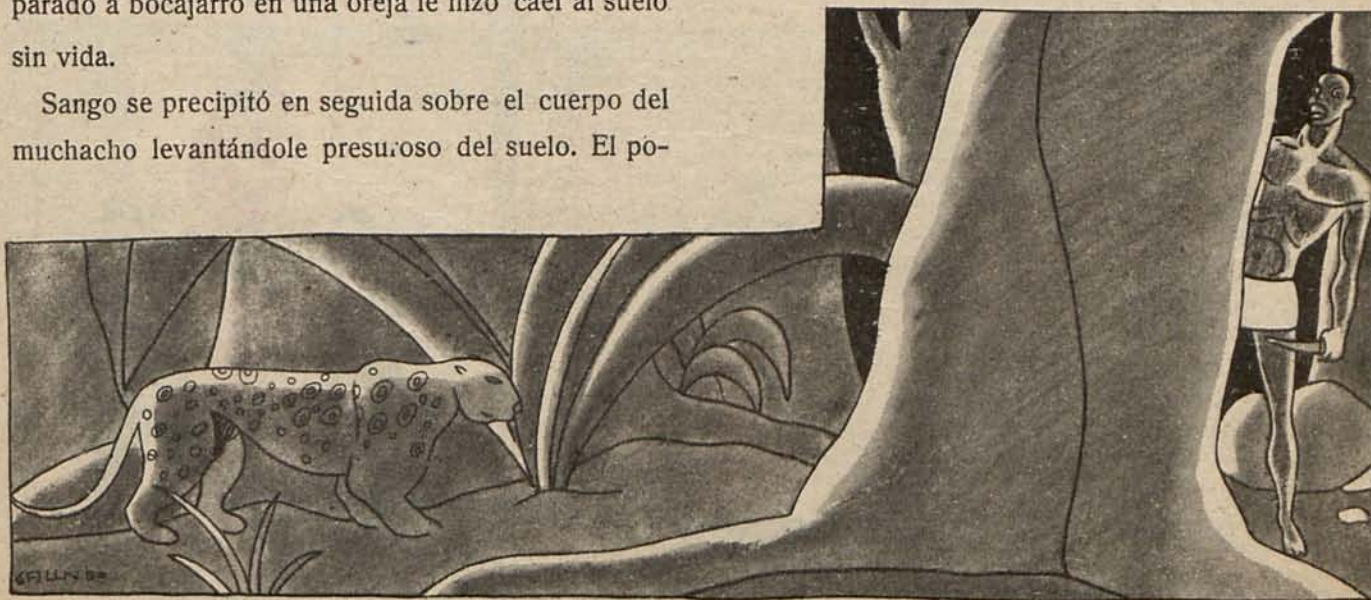
—¡Corre y sálvate...! que vienen los negreros...—
tuvo aun fuerzas para murmurar el negrito.

Después se le cerraron los ojos le dió un ligero temblor y cayó muerto. Te llevaré a la aldea de mis parientes y te enterraré a la sombra de un sicómoro—dijo Sango con la voz embargada por los sollozos.—
Creí que llegaría a salvarte y no he podido hacer más que precipitarte la muerte: pero mejor es la muerte que la esclavitud.

Se lo puso entre sus brazos y huyó al través del bosque.

Diez horas después llegaba a la aldea habitada por sus parientes y conforme a la promesa que hizo sepultó al pobre negrito a la sombra de un hermoso sicómoro.

Hoy día Sango, escapado milagrosamente de la esclavitud es uno de los jefes de más prestigio en las costas de Guinea.—FIN.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL DEDO CORTADO

Casillas



ONSUELO y Pepito jugaban estrepitosamente. Eran hijos de un comandante de Infantería, cuyo asistente, Patricio, les decía:

—¡No seáis tan bulliciosos! Jugad con más tranquilidad, pues ya sabéis que vuestra mamá está mala, y el ruido le hace daño. Cuando venga vuestro papá y me pregunte por vuestro comportamiento, quiero decirle que habéis sido muy juiciosos.

—Dice Patricio muy bien—repuso Consuelo—. Mamá está malita, y no debemos alborotar.

Dicho esto, los dos hermanos buscaron distinto modo de entretenerse. Al poco rato llamaron a la puerta, y un caballero preguntó por el comandante.

—No está—respondió el asistente.

—Pues bien—dijo el caballero—; cuando venga, tenga usted la bondad de darle esto do parte de su amigo don Julio.

El caballero puso en manos del asistente una preciosa cajita forrada de terciopelo encarnado, y se fué. La cajita contenía dos pistolas de un mérito artístico notable.

Patricio colocó la caja en el despacho del comandante y continuó en sus ocupaciones.

—Consuelo—dijo Pepito—, ¿qué será lo que encierra esa cajita que han traído para papá? ¿Quieres que lo veamos?

—Sí—contestó Consuelo.

—Pues vamos de puntillas al despacho sin que Patricio nos sienta.

Pero éste lo había oído todo.

—¡Consuelo! ¡Pepito!—gritó—; venid acá, que tengo que deciros una cosa. Ayer me preguntásteis que por qué me faltaba este dedo de la mano derecha, ¿es verdad?, y os prometí referiros en otra ocasión la causa de la pérdida. Pues oíd:

«En cierta población de España había un caballero muy dado a la conservación de antigüedades; había logrado reunir una infinidad de preciosidades, las cuales guardaba cuidadosamente en su gabinete.

»El caballero de que hablo tenía tres niños, dos varones y una hembra: el uno se llamaba Isidoro, que era el mayor; el segundo, Alfredo, y la niña, Aurelia. Don Fernando, que este nombre tenía el padre, temeroso de que le trastornaran el orden con que tenía colocadas las piezas de su gabinete, dejaba cerrada la puerta del pequeño museo; pero Isidoro, el más curioso de los tres niños, aproximaba a la puerta una silla, colocaba en el asiento dos o tres voluminosos libros, se

encaramaba sobre ellos y se ponía a mirar por el ojo de la cerradura, aunque, ¡oh desilusión!, nunca llegaba a ver nada extraordinario.

»Una mañana que don Fernando estaba trabajando en su despacho, los tres hermanos bajaron al jardín. Alfredo y Aurelia jugaban; pero Isidoro no hacía otra cosa que mirar una ventana del pequeño museo, la cual tendría un metro de elevación del suelo.

»—¿Qué miras, Isidoro?—le preguntó Alfredo.

»—Quisiera—respondió aquél—ver todas esas cosas tan bonitas que papá tiene encerradas en el gabinete.

»—¡No hagas eso!—exclamó Aurelia—Papá se enfadaría; lo tiene prohibido.

»—Haré de modo que no lo sepa. ¿Vamos a encaramarnos?

»—Cómo?—preguntó Alfredo.

»—Mira: ponte a cuatro pies; yo me subo sobre tus espaldas, y lo veo todo; después me pongo yo como tú, y lo ves también; y luego encaramamos a Aurelia para que lo vea.

»Alfredo y la niña se opusieron al principio; pero tanta fué la insistencia de Isidoro, que al fin accedieron.

»Púsose Alfredo a cuatro pies, subióse encima Isidoro, y comenzó a mirar al gabinete.

»—¿Qué ves?—preguntaron a un tiempo los otros dos.

»—¡Ay, qué cosas tan bonitas!—exclamó Isidoro—¡Hay muchas espadas, flechas, plumas de distintos colores, armaduras de guerreros, muchas pieles de animales!





»Isidoro empujó entonces las vidrieras, que estaban abiertas y cedieron.

»Se encaramó en el alféizar de la ventana, ayudó a sus hermanos para que hicieran lo mismo, y desde allí, primeramente Isidoro, luego Aurelia y después Alfredo, se dejaron caer dentro del gabinete.

»—¡Ya estamos dentro!—gritaba Isidoro batiendo las palmas.

»Y los otros a su vez imitaban los ademanes de su hermano.

»Después fueron mirando cuantos objetos había.

»—¡No toques a nada!—dijo Aurelia a Isidoro.

»Pero éste, lejos de seguir las prudentes indicaciones de su hermana, cogió una celada que estaba adornada con un magnífico penacho, y comenzó a gritar en medio del gabinete:

»—¡Grajos viles que asustan mi bandera.
Son los reyes de Córdoba y Sevilla!
¡He de hacer con sus reinos una hoguera
A cuya luz, delante de Castilla,
Huirán como espantados jabalíes
Al salvaje compás de mis belíes!

»Tomó después una flecha que estaba en una mesa, y queriendo examinarla, tocó un resorte que tenía en una de sus extreminades. Entonces salió la lengua de una serpiente, e hirió en el dedo anular de la mano derecha a Isidoro, que al punto prorrumpió en gritos.

»A aquellos gritos desgarradores acudió don Fernando, y se asombró, no sólo al ver a los tres enmascarados, sino al contemplar a Isidoro, que lloraba sin consuelo.

»—¡Papá—dijo Aurelia temblando y casi llorosa—, yo no he tenido la culpa, ni Alfredo tampoco! ¡Por aquí—prosiguió, señalando la flecha—ha salido una lengua muy delgada, y ha picado a mi hermanito! ¡Por eso llora!



»—¡Misericordia, Dios mío!—exclamó don Fernando mirando al cielo!—¡Ten valor, hijo mío! ¡Si no lo tienes, no vivirás dentro de una hora, y después yo moriré de penal! ¡Ven, hijo mío; ten valor!

»—¡Papá, tendré valor; haz de mí lo que quieras!

»Don Fernando se asomó a la puerta y llamó al portero, que acudió al instante.

»—¡Tenga usted a mí Isidoro—le dijo—; sujetele usted con fuerza entre sus rodillas! ¡Valor, hijo mío! ¡Es preciso que te corte el dedo!

»—¡Ay, papá!—gritó Aurelia—¡No se lo cortes!

»—¡No hay un momento que perder!—dijo don Fernando—¡Es preciso: la flecha estaba envenenada! ¡Valor, hijo mío!

»Y don Fernando, más pálido que su hijo y temblando más que éste, cortó el dedo al niño.

»Isidoro se desmayó, y en esta disposición fué conducido a otra estancia, donde se le aplicaron remedios para que curase pronto.

»Cuando Isidoro tenía catorce años perdió a sus padres, y poco después se quedó sin hermanos.

»Un comerciante que le vió casi en la mendicidad le dijo:

»—¡Vamos muchacho! Si tienes buena letra, vente a mi casa de comercio para que escribas.

»—Señor, no sé escribir bien.

»—¡Cómo! ¿Pues no estabas en un colegio?

»—Sí, señor; pero me falta un dedo de la mano derecha, y nunca he logrado escribir ni medianamente.

»A los dieciséis años sentó plaza de soldado, y le tomó a su servicio un teniente de infantería, que hoy es comandante, padre de dos niños muy bien educados; pero tan curiosos como Isidoro, porque no hace mucho tiempo que salieron de esta sala para indagar qué cosa era la que había traído un caballero para su papá.»

—¡Ah! ¿Conque somos nosotros?—exclamó Consuelo.

—¡Claro!—dijo Pepito—; y Patricio es Isidoro, que perdió el dedo cuando pequeño.

—A ver la mano derecha—dijo la niña.

Cuando ésta y su hermano observaban la mano del asistente en medio del más grande silencio, llamaron a la puerta. Era el comandante, que, enterado de lo sucedido, mostró a sus hijos las pistolas y añadió:

—Jamás intentéis andar con las cosas que desconocéis; y acordaos para siempre del dedo cortado de Patricio.—FIN.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, curioso Chonón?
—Quiero saber si es cierto que existen zorros voladores.
—Ciertísimo.
—Pues yo no los he visto nunca, y en verdad que me gustaría mucho ver volar a un zorro.
—Eso ya es más difícil, amigo Chonón. Los zorros voladores no son lo que tú supones. Tú te imaginas a ese cuadrúpedo que se llama zorro, con alas, volando por los aires, ¿verdad?
—Naturalmente.
—Pues no hay nada de eso. Se llama zorro volador a una variedad de murciélagos de tamaño algo mayor que el resto de la especie, con cabeza semejante a la del perro o a la del zorro y que por esta circunstancia se les llama perros o zorros voladores. Se les conoce más comúnmente con el nombre de murciélagos frugívoros.
—¿Te parece, querido buho, que dediquemos a este animalito nuestra charla de hoy?
—Me parece muy bien. Los murciélagos frugívoros han sido objeto de muy equivocados juicios. A causa de su tamaño se les ha presentado como monstruos terribles. Se ha dicho de ellos que se posaban sobre las personas que estaban dormidas y les chupaban la sangre. Los supersticiosos creían ver en ellos almas de seres condenados a muerte.
—No será verdad todo esto, ¿verdad buho?
—Desde luego. Es cierto que a estos animales les gusta la sangre, pero no se atreven nunca a atacar a quien puede defenderse de ellos con facilidad. Viven estos murciélagos preferentemente en bosques oscuros, suspendiéndose en filas de los árboles y durmiendo con el cuerpo y cabeza totalmente envueltos en las alas. También se les ve con frecuencia en los viñedos, que dejan arrasados.
—¿Les gustan las uvas?
—Más que ningún otro fruto. Son golosos y prefieren las frutas dulces y olorosas. Buscan los higos, los plátanos, las cerezas, los albaricoques y, en general, todos los frutos que tienen gran cantidad de azúcar.
—Serán el terror de las huertas.
—Son, en efecto, tan temibles como una plaga de langosta. Durante el día huyen al menor peligro. Una piedra, una voz, un tiro, bastan para ponerlos en fuga, pero por la noche no se asustan de nada: Si oyen un tiro, lo más que hacen es mudarse de un árbol a otro, pero sin dejar el lugar donde han encontrado botín de frutas.
—¿Pues no me dijiste en otra charla que los murciélagos sólo volaban durante la noche?
—Esta variedad de que estamos hablando vuela también durante largos ratos del día, pero este vuelo diurno lo hacen con mucho miedo, como si estuvieran temerosos de ser vistos, y se remontan a cien y más metros de altura. En cambio, por la noche, vuelan casi a ras del suelo con toda rapidez y viveza. Para emprender el vuelo tienen que desprenderse desde un sitio alto.
—¿Qué les pasa entonces si se caen al suelo?
—Corren desesperadamente en todas direcciones y trepan por lo primero que encuentren a su paso, bien sea una casa, un

árbol o un hombre. Una vez en sitio alto se suspenden boca abajo, abren las alas, las baten con rapidez y se lanzan al aire.

—¿Es fácil domesticar a estos animales?
—Nada de eso. Les cuesta mucho soportar la cautividad, pero con el tiempo acaban por acostumbrarse a las personas que los cuidan y alimentan. Llegan a tomar el alimento de la mano de su guardián. Pero si se les asusta o trata de coger bruscamente acometen con bocados y arañazos. Cuando se les da de comer y beber en el hueco de la mano, se acostumbran pronto a lamerla como lo hace un perro. Por el día están quietos en un rincón de su aposento y por la noche es cuando hacen su vida.

—¿Es comestible la carne de estos bichos?
—Su olor a almizcle es bastante desagradable, pero el sabor es bueno. Se parece algo a la del conejo o del pollo. Cuanto más pequeños, son más gustosos. Sin embargo, entre los judíos se considera la carne de murciélago como carne impura y está prohibido comerla. Una receta judía dice: Toma un murciélago, córtale la cabeza, sécala y haz polvos, y de este polvo da de beber al enfermo tanto cuanto puedas coger con tres dedos, mezclado con jarabe y vinagre, o si has cogido siete murciélagos, a los cuales has cortado la cabeza y los has limpiado bien, ponlos en un vaso de vidrio, mezclados con vinagre y cuando hayas llenado este vaso hasta el borde, ponle al fuego para que cueza su contenido, después trituras los murciélagos con los dedos dentro del vinagre y da de beber de esta mezcla al enfermo todos los días. Pero cuida de que no pase entre el líquido ningún trozo de carne porque su impureza llenaría de horrores al enfermo.

—Yo creo que todo eso son cosas de superstición y de pobreza de espíritu, ¿no te parece?

—De acuerdo completamente. Es posible que bajo el punto de vista curativo, ofrezca este animal algunas particularidades. Su sangre, por ejemplo, dicen que puesta sobre el vientre cura los dolores intestinales. La bilis del murciélago también se considera como un poderoso antídoto contra la mordedura de algunos animales venenosos. También se asegura que la sangre mezclada con otros productos es un gran depilatorio.

—Si todo esto es cierto ya hay algo de aprovechable en estos animales.

—No faltan seres en la humanidad que hasta los consideran como animales sagrados. Los indios los respetan y los veneran. Si algún viajero, ignorante de estas supersticiones, llega a causar daño a un murciélago frugívoro, pagará caro su atrevimiento. Cuéntase de un explorador inglés que, hallándose en tierras de indios, pasó una noche por cierta calle del poblado de Nurpur, vió volar sobre su cabeza un animal extraño, le tiró con su escopeta y cayó al suelo un murciélago de gran tamaño. En el acto se reunió mucha gente que lanzaba agudos chillidos. El viajero tuvo que arrimarse a la pared y aprestarse a la defensa con su escopeta. Para aplacar los ánimos tuvo que valerse del engaño, diciendo que había tomado al animal por un buho.

—Peor que peor, ¿no te parece? Yo creo que entre un murciélago y un buho, la elección no es dudosa.

—No debe serlo, desde luego.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Ton y el Capitán
F. González, 9 años



Gacela
R. Gosálvez



Personajes de Pinocho
Alejandro Jiménez



Un caza
mariposas
J. Castrillo



Patí Pan
Pilar Molina



Don Panfrío
Juan Miramanda



Titirimundi
Antonio Arreclado



Cabeza de vaca
Cayetano Vivas



El tío de las gafas
Antonio Moreta



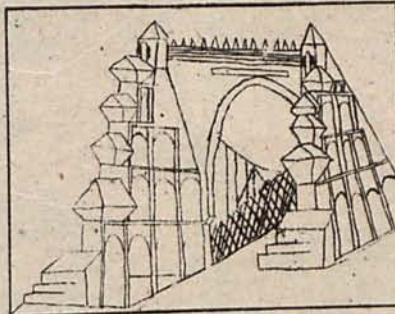
La dama del antifaz
K. Hitin



Sra. con mantilla
J. Jaraquemada



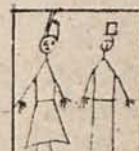
Un hotel.—Juanito de la Serna



El puente el Kerman.—L. G.



Villa Pirula
Adelina Monero



Mamá y papá
Arturo Alonso



Cazador Alpino
Yanli Pande



Un bebé
Adelina Rico



Mi pajarito
Rosario Losada



Un ratón de viaje
Ricardito Gómez



Mi casa
Lolita Villalvilla



El barco de Pinocho
Alfonso Barrero



EL OGRRO DE LA SELVA
es uno de los ocho tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.
Precio: UNA peseta



Un barco en el mar
Pedro Rodríguez



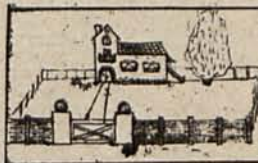
Un ciervo
José González



Barco pirata.—N. N.



La Iglesia de mi pueblo
Gerardo Alonso



Mi casita
Esperanza Navarro

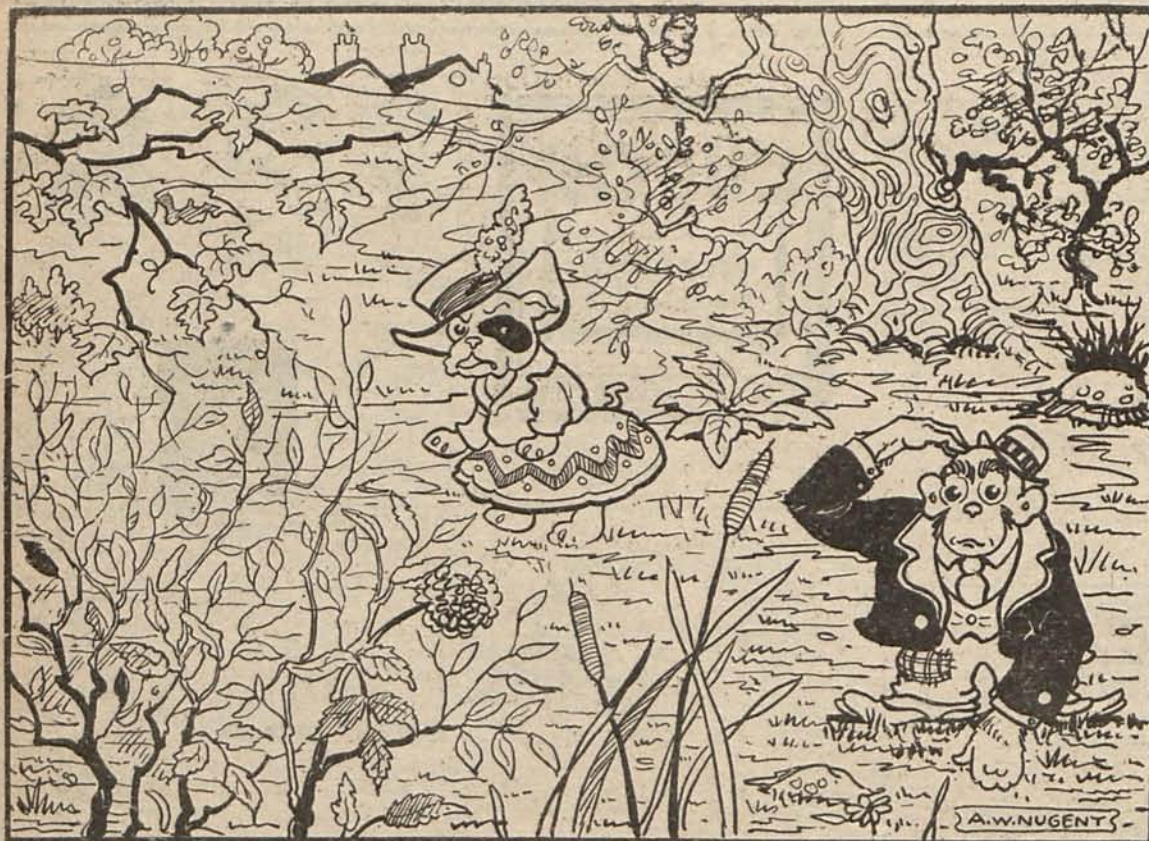


Alcántara
Gregorio Méndez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL TALISMÁN



Una cabra y una vaca encontraron un día un talismán maravilloso que, sin duda, se había dejado olvidado un hada sobre la hierba. Tenía la virtud este talismán de hacer invisible al que lo poseyera, tan solo con pronunciar estas mágicas palabras:

Garrafa, garrafón
Toca, toca el saxofón.

Al efecto de comprobar las virtudes del talismancito se han evadido de las miradas de la perra y el mono que no las ven ni en broma.

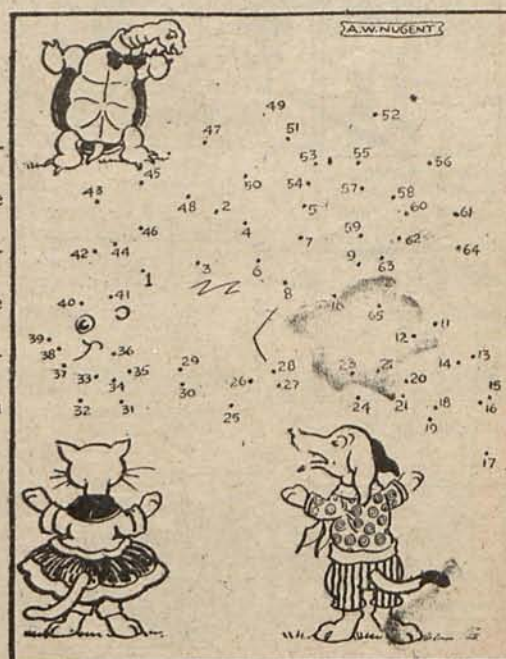
Pero creo que para vosotros el talismán es una futesa y que las veréis fácilmente.

LOS TRES CÍRCULOS

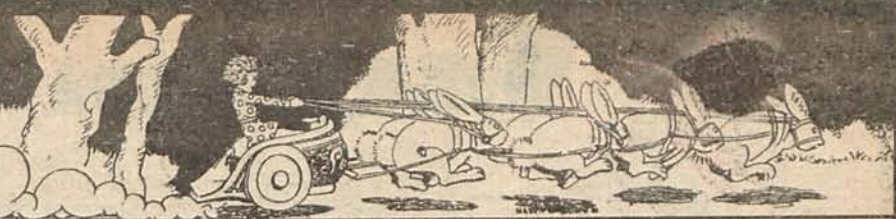


Un comerciante de Trazad líneas si-
Astudillo tuvo que guiendo el orden de
hacer un viaje desde los números y reci-
el círculo de la iz- biréis una agradable
quierda al de la de- sorpresa... o des-
recha. agradable. ¿Quién
¿Qué camino si- sabe?
guió?

PITAGORISMO



ANITA BUEN- CORAZON



¡MIRA AQUELLOS GOLFOS ATANDO UNA LATA A LA COLA QUE AQUEL POBRE PERRILLO FALDERO!

¡TE PROHIBO QUE TE MEZCLES EN ESTE ASUNTO, PUES TE VEO CON GANAS DE VENGAR A TU CONGÉNERE! ¡ESTO CORRE A CUENTA MIA!

¡ESTE VA A DESARROLLAR UNA VELOCIDAD DE MAS DE CIENTO KILOMETROS A LA HORA!

¡Y ESTE PUNTAPIÉ LLEVA MAS DE CIENTO CABALLOS DE FUERZA!

¡AUNQUE NO ERES UN CHICO TE VOY A ROMPER LA CARA!

¿SÍ? ¿ESTÁS SEGURO DE ELLO?

¡PERO ANTES RECOGE ESO, QUE ESTUVO!

¿CUAL?

¡ESTO, Y ESTO, QUE TE LO HAS GANADO!

¡ATIZA!

¡TAMBIÉN QUEDA ALGO PARA TI!

¡Y PARA TODOS VOSOTROS

¡Y ADEMÁS ESTAS PELADILLAS DE ARROYO DE PROPINA!

¡SIENTO HABER PERDIDO LOS ESTRIBOS HASTA ESE PUNTO....

....PERO NO HE PODIDO EVITARLO, PUES ME SUBLEVABA LA CONCIENCIA LA CANALLADA QUE ESTABAN COMETIENDO!

Sección Pirula



FANTASIAS de PIRULA... bordadora.—Un collar que no se puede perder.

¿A que no adivináis lo que más le ha gustado a Clocló, en el cuento de la Isla Maravillosa que os acabé de referir el domingo pasado?

¿La moraleja de que las lecciones de la Adversidad siempre son provechosas? ¿El puente mágico compuesto de un hilo de plata? ¿Los brillantes que empedraban la isla, sus ríos de oro, sus casas de ópalo?

No; lo que más le ha gustado a Clocló...

Se me olvidaba «traduciros» este nombre; quizá hayáis adivinado solitas su «traducción»; en efecto, como suponáis, Clocló es Clotilde. Esto es bastante natural, pero también podía haber sido Clodomira, Clodovea, o Clotaria; pero no lo es, afortunadamente para Clocló, porque llamarse un nombre tan raro (mejor dicho, que la llamen a una) debe de ser poco agradable.

Decía que lo que más le había gustado a Clocló-Clotilde, son las alhajas de la princesa Perlina...

A Clocló, la entusiasman los collares, y su sueño dorado es precisamente poseer uno de perlas enormes; pero como es una niña razonable, se da cuenta de que no tiene edad para lucir una joya de tanto valor y como tiene buen gusto, se da cuenta de que el tenerla de imitación es una cosa feísima, además de que eso de «dar el pego» con piedras falsas es una mentira y como tal, es imperdonable, en una niña.

Digo «en una niña» porque las mamás pueden gastar a su antojo collares buenos o de imitación; en ellas, todo está bien; a vosotras, en cuanto seáis unas señoras mamás, os sucederá lo mismo. No creáis que Clocló no haya tenido nunca un collar; y por cierto que no era ni de piedras buenas, ni de piedras falsas, era de fantasía, y muy bonito por cierto.

Lo componían unas bolas redondas, azules, y otras alargadas, verdes; todas las bolas eran de cristal opaco y de un matiz precioso. Pero el caso es que ha durado poco; por lo menos en el cuello de Clocló.

Precisamente, hace poco que lo ha perdido. Fué yendo a veranear con sus papás, al extranjero; hicieron noche en una pequeña ciudad, en un hotel; al acostarse, Clocló se quitó su collar y lo puso en el cajón de la mesita de noche; y, por la mañana, al levantarse muy temprano, con la precipitación de la marcha (y con que Clocló es una atolondrada incorregible) se le olvidó cogerlo; cuando quiso acordarse, ya estaba a muchas leguas, de la ciudad, del hotel... y del collar.

Sea dicho de paso, este incidente, si bien no es probable que corrija a Clocló de su atolondramiento, al menos le ha enseñado que

cundo se permanece poco tiempo en un hotel, no se debe guardar nada en los cajones sino dejar todas las cosas en sitio muy visibles.

La lección es excelente, pero ha sido cara, pues le ha costado a Clocló su precioso collar que tan bien jugaba con su trajecito veraniego de vuelo estampada, multicolor; y con el vestido de lana escocesa que se pone en invierno para ir a clase, y con el vestido de pana azul marino, con el cual se ha paseado tanto esta primavera; y en fin con casi todos sus vestidos, de las cuatro estaciones del año.

Y no es eso lo peor, sino que en el caso—bastante probable puesto que ya solo faltan cuatro meses para Reyes—de que Clocló vuelva a tener otro collar, es posible que vuelva a perderlo como ha perdido su sortija de sello, y su pulsera compuesta por plaquitas esmaltadas que representaban fichas del «mah jong».

Y no es cosa de ponerle a Clocló un collar que cierre con un candado para que lo lleve siempre puesto como si fuera un perrito.

Sin embargo, hay un medio para que Clocló tenga, no uno, sino muchos collares, que sean baratísimos y que sea de todo punto imposible que se le pierdan.

Ese medio, aquí lo tenéis; consiste en bordar los collares en los vestidos, sencillamente.

¡Y tan sencillamente! como que es sencillísima esta labor; cada una de las perlas se compone de once puntadas, como un vulgar bodoque, y las chiquitinas que separan las grandes, de tres.

Menudo surtido de collares puede tener Clocló—podéis tener todas—por este procedimiento. Ni más ni menos que uno para cada vestido.

Que el vestido es de crepón o de terciopelo negro, o de color oscuro? El collar será de coral, o de rubies, o de topacios o de esmeraldas, o de perlas, según se borde en rojo, verde, amarillo, o blanco; y mejor que blanco, gris muy claro.

Si el vestido es rosa pálido, el collar no podrá ser más que de perlas; será de turquesas en un vestido azul marino, de zafiros en un vestido azul claro, de amatistas en un vestido lila; y también puede ser de fantasía, o sea bordado en dos o tres colores.

Si es de fantasía, le irá muy bien el bordarlo en lana; si no lo bordaréis en seda lisa, o en algodón.

Aun tiene este collar una ventaja inestimable; y es que, aun cuando se le rompa el hilo (o el algodón, o la lana) no hay cuidado de que se caigan las piedras, ¿verdad?



PIRULA REPOSTERA.—*Receta de Agosto: mermelada de uvas.*—Se elige uva hermosa y muy madura, se desgrana y se le quitan las pipas (esto puede hacerse con la punta de una pluma de ave). Se echa en una caldera, un cuarto de kilo de azúcar por cada medio kilo de uvas; se le añade un poco de agua (un vaso de agua por cada kilo de azúcar). Cuando el almibar, hierve a fuego fuerte y empieza a espesar, se espuma y se echan en él las uvas.

Cuando hierve a borbotones, se retiran las uvas y se echan en los tarros de cristal en que se hayan de conservar, cuidando de no llenarlos más que hasta la mitad,—se deja que el caldo que ha quedado en la caldera espese y merme; entonces se echa en los tarros, acabándolos así de llenar.

Lo mismo que para otras mermeladas, los tarros no deben taparse hasta transcurridos varios días.